

EL DOLOR

Daniel González Irala





EL DOLOR

© 2007. Daniel González Irala

© 2007. Eolo Dreams, S.L.U.

Publica y edita:

Eolo Dreams. S.L.U.

Río Seta, 1.

50196 La Muela (España)

www.casaeolo.com

e-mail: eolo@casaeolo.com

Reservados todos los derechos.

Se autoriza la difusión y reproducción de esta obra, siempre que se respete íntegramente su contenido y se citen expresamente el autor, la editorial y la fuente donde se puede descargar ([www. casaeolo.com](http://www.casaeolo.com)).

EL DOLOR

El tiempo duele. A esta conclusión había llegado el detective James Stared después de toda una vida persiguiendo al asesino de su padre, motivo que le llevó primero a los archivos policíacos como anónimo y después a abrir su propio despacho en el callejón que daba a la principal avenida de la ciudad. El tiempo duele o la vida se escapa, pues si de algo le advirtió su fallecido progenitor era que había cuestiones de cuya verdad poco pueden llegar a saber los humanos mortales, pero ¿qué era lo que le incumbía de tal forma a James que no le dejaba dormir y hacía que las horas se pasasen entre la lentitud, la exasperación y el tedio, como un fantasma, a vivir en una angustia que no parecía de este mundo? Probablemente el hecho de que la misma persona iba a acabar con su propia vida a su debido tiempo y que lo iba a hacer por suerte de una triple venganza por justicia poética, ya que quién busca, encuentra y lo que empezó siendo un intento pericial de resolver el caso que quedó en indeterminado o clausurado judicialmente por el hastío de los años, a él le seguía obsesionando como el primer día, al igual que ese paso de diapositivas que tuvo en un accidente, al ver momentánea y cruelmente la cara del culpable, aquel fantasma que ahora se reía de él y que adoptaba la presencia del reportero más trabajador de las noticias o el trabajador del programa de cotilleos más incansable de la historia.

Además estaba lo de Anna, esa criatura dulce como los ángeles que empezó mirándole con compasión y que ahora le rehuía, a él James, que hubiera hecho cualquier cosa por permanecer a su lado siquiera un tiempo más y cuyo contacto era como el azufre al agua, algo peligroso, delicado, resbaladizo, humeante como la pólvora y enfangado como un taller grasiento donde se arreglan coches, así era Anna, la camarera del Bistro, un ser anónimo y anodino, una dulce rubia de labios que nunca probaría y cuyo cuerpo parecía serpear hacia caminos que no es que estuviesen prohibidos, pero a los que sabía

que no llegaría mientras tuviese los pies de plomo que tenía, pues, sí, había que tener los pies en el suelo, pero no tanto como James, pues con sus fantasmas ya tenía bastante.

El 14 de septiembre y tras ver como un tiroteo llevaba la camioneta de decesos a estrellarse contra una farola, ese día, repito, cambió la vida de Jamie, un estudiante de Antropología tímido y reservado al que la realidad le hizo sucumbir cual pelota de tenis que entra por casualidad en el terreno de los vivos o los que están a punto de morir, los castigados, los lúcidos que tienen que averiguar quién va tras ellos, mientras un feliz diablillo le bombardea la cabeza con lo que tiene que hacer: no estar aquí, evitar esto, practicar deporte por las tardes, repasar la contabilidad los jueves, cocinar los domingos,... La vida de James era ordenada, de eso no cabía duda y como se sentía vacío siguió los consejos de un amigo y acudió a una terapia que no le sirvió de nada y con la cual dilapidó su sustanciosa herencia económica. Lejos aún estaban las tardes de biblioteca conjeturando entre fantasía y realidad quién era el culpable de su vida desdichada, pues sin dinero, los amigos vuelan.

Al loquero le faltó tiempo para arruinar a James, con seis sesiones bastó, era un facultativo caro y necesitaba dinero, pues su hijo quería hacer cine. Eso y el hecho de que en la familia había tres hermanos más, sumió a James en la indigencia y obligado a vender sus posesiones, empezó a vender libros de los que sacó menos de un uno por ciento de lo que costaron, era increíble pues algunos no los había leído ni tenía intención de ello, especialmente los que estaban en la biblioteca de su tío, que fue la única lectura que le quedó para la posteridad: cien volúmenes de ciencias ocultas que jamás abriría y que le recordaban sus conversaciones con el viejo, cuya máxima ambición en la vida era que le tocara la lotería, para comprarse una casa con piscina y gimnasio, este hombre estaba en una nube y el azar quiso que los números que echaba siempre en la apuesta semanal, saliesen como premio gordo el día que abandonaba este

mundo y así en máxima gloria, los disfrutó el pobre, sus hijos heredaron la cantidad y supieron ahorrarla como buenos cristianos, pero esa es otra historia.

Lowry se llamaba el asesino; tras tres pruebas aleatorias que simplificaban el enigma a un anagrama que rezaba porque contuviera el secreto, James parecía tener al menos el nombre de quién le iba a matar, pero le faltaban pistas sobre su cara y para paliar tal defecto, decidió perfeccionar su técnica como dibujante y presentar sus bocetos ante la policía. A menudo, un sexto sentido le hacía ver que cuando mostraba su coartada y pistas a los federales, éstos se reían de él, sobre todo cuando le decían que querían pruebas, pero de un supuesto ataque o agresión; James optó por hacerse heridas sobre su piel e infringirse un daño por sí mismo que explicase estos hipotéticos ataques, pero para cuando llegaba a la comisaría a narrarlo, su aspecto reluco lo delataba, era entonces cuando las ganas de suicidarse aumentaban y cuando todo se paralizaba a su alrededor, el asesino parecía andar suelto, pero sólo porque sabía o al menos James imaginaba que sabía que la tortura silenciosa se la infringía él mismo; por otra parte, Anna estaba cada día más guapa y se reía de su aspecto, que atribuía a su despecho en el amor, lo que tampoco estaba lejos de ser real; así se sentía poderosa y hablaba con él diciéndole que se dejase de chorradas pues él no era un animal herido, sino un indómito cobarde o manso, tras cuya frase se reía a carcajadas por lo paradójico de la expresión.

Ya en el hospital central, James conoció en terapia a una chica que había intentado matarse por amor y con la que mantuvo amistad hasta después de acabado el roce con los médicos; ella se llamaba Carmen, era gorda y aficionada a las matemáticas, decía que en su oficio había mucha gente tarada y que ella no estaba allí por la teoría de los grandes números como Nash, sino porque sufría, y debido a ello su vida se retroalimentaba de imágenes insidiosas que la desesperaban y la hacían sentirse heroica sólo por estar viva y porque no llegase un ex novio y la matase con un cuchillo. Por eso

los locos sufren y no tienen con quién hablar, por eso sus vidas estarán doblegadas siempre a lo que su interlocutor piense de ellos, por eso no merecen crédito en tanto que pobres enfermos que no pueden olvidar una cara o tienen la suficiente memoria vital como para sentirse cansados.

De otro lado, Lowry podía tener la cara de un presidente del Gobierno o de un fontanero, ¿cómo saberlo?, lo lógico, se decía James es que sea alguien que me conozca, probablemente un antiguo amigo que quiere hacerme vu-du y que es cobarde en cuanto a dar la cara. Mientras se afeitaba, James le pidió al espejo que su asesino saliese del armario, que por favor no le hiciese pasar por esa agonía otra vez; cierto es que no fue la primera ni la segunda vez que lo invocó cuando oyó plegarias de gloria a sus desvelos, pero tres días después, de su armario apareció el psiquiatra con el amigo que le recomendó, charlando sobre los parabienes de la esquizofrenia; él no le dio importancia, pues al fin y al cabo, esta imagen no era demasiado desagradable; fue una semana después cuando entre el vaho de la ducha, pudo ver de nuevo al facultativo follándose a Anna y hablando mal de su mujer y su hijo a los cuales había abandonado en una carretera porque estaba harto de sus caprichos; Anna y el médico parecían estar totalmente compenetrados y echaron un polvo que ni en las películas de Hollywood.

El caso es que cuando volvió James al médico por tales alucinaciones, el médico pareció reír con una ancha mueca que comprendió, taparía sus desvergüenzas ante la realidad; de este modo no cabía duda de que James estaba en sus manos y que sólo faltaba añadir la manera de matarlo o enterrarle en vida. El psiquiatra era de esos tipos brillantes que huelen la locura a distancia y son capaces de perpetuarla de por vida; su método era no tener método, sino preguntar, como los del seguro, si el paciente se encontraba bien, después amenazarlos con la lobotomía forzosa y más tarde

culpabilizarlos con que el alcohol o las drogas fueron los que infringieron este daño en su cerebro.

De otro lado, James y el lector jamás sabrían si él iba a ser su asesino, pero como en la vida, más allá de la muerte, nadie está seguro de nada, lo que queda de aquí allá es el hecho de que, una nueva dote conseguida por Jaime a través de Carmen había sido de nuevo dilapidada por el doctor, que esta vez aseguraba querer el dinero para comprarle un Lancia a su mujer, compañera que sacaba las facturas y le ayudaba en la intendencia de su consulta privada, y que no tenía otro modo de desplazarse al trabajo, sobre todo desde la subida de precio del Cercanías.

En Casa Eolo encontrarás publicaciones disponibles para personalizar a medida.

Un libro es:

- *Un regalo elegante*
- *Un compañero ideal*
- *Un amigo*



*Habla por medio de tus libros
Un libro dice mucho del que lo regala*

*En definitiva: Un libro es el **regalo ideal***

CASA EOLO

- *Personaliza tus libros o comics a medida.
Disponemos de un catálogo propio.*
- *¿Tienes inquietudes literarias y te resulta imposible publicar?
Nosotros lo hacemos contigo.*
- *Catálogo de publicaciones. Librería on-line.*
- *Bazar del libro. Compra-venta de segunda mano. Te ayudamos a encontrar lo que buscas.*

www.casaeolo.com